

CAPITULO VIII.

Progresos de las instituciones monásticas:

adelantos de los naturales en la religion:

Tal vez parecerá ridiculo á ciertos espíritus, que á título de fuerza desdenan á todo lo que tiene un íntimo contacto con la religion, lo que va á formar la materia del presente capítulo; pero el que se ocupa de algunos trabajos históricos, se constituye en juez de las sociedades que le han precedido, y teniendo que desempeñar al mismo tiempo, los cargos de relator de los acontecimientos que va á juzgar y de patrono de la sociedad que produjo tales hechos, no puede sin comprometer su rectitud, sin atropellar la justicia y sin defraudar á la verdad histórica, omitir la narracion fiel de los hechos que vienen á ser el alma de la historia, y poner en las cienes la aureola de gloria á los héroes que fueron sus antepasados, por mas que una política injusta y cruel, se esfuerce en presentar á estos mismos hombres cubiertos de ignominia, e indignos del respeto y admiracion de una sociedad que ellos mismos han creado, sacándola del caos y mánteniéndola incólume á pesar de los recios embates de las desencadenadas tempestades.

Para desempeñar este penoso trabajo, es necesario narrar con fidelidad y no empapar la pluma en los primeros jugos que se encuentren producidos por la maceracion de plantas desconocidas, al choque violento de las bastardas pasiones; y desnudándose de prevencion, fallar concienzudamente, sin decir nada falso; pero sin omitir nada de lo verdadero, obligacion tanto mas sagrada, cuando esta relacion ha de venir á ser la clave para descifrar el oscuro enigma que nos presentan las costumbres separadas de nosotros por el trascurso de los siglos. Preciso es pues abstraernos del mundo en que vivimos,

desoerrer el grave velo del pasado, deslizarnos por la enmohecida escala de los tiempos y levantando la loza funeraria que cubre el sepulcro de las generaciones que fueron, estudiar en sus oscuras mazmorras á la luz de la razon, lo que constituyó su vida moral, para poderlas presentar con sus verdaderos colores, á los que vienen en pos de nosotros: es preciso manejar los siglos y respirar su polvo; y entonces dice Chateaubriand, es cuando el hombre vuelve, como un viajero en regiones desconocidas, con un diario escrito en los mismos lugares, y un cartapacio lleno de dibujos tomados del natural.

Por estas razones, es necesario en el tiempo donde llevamos la narracion, suspender un poco la velocidad con que la premura de las circunstancias nos lleva recorriendo á gran prisa los acontecimientos; y desentrañar algo de lo que el tiempo nos oculta, tornándonos ingratos á los beneficios de nuestros

progenitores en la ciencia y en la civilizacion y desconocidos de los frutos que entre nuestros ascendientes recogieron los primeros sudores de estos campeones de los derechos de la humanidad.

Verdad es que el objeto es tan vasto, como insuficiente para abarcarlo es el pequeño vuelo de mi pluma y los estrechos limites en que se han de encerrar sus toscos rasgos; pero aunque sea á grandes pinceladas, dibujare un cuadro, que si no corresponde á su objeto, sirva siquiera como una apostilla, para llamar la atencion de los lectores y despertar su deseo de ir á buscar este copioso raudal en las mismas abundantes fuentes que me lo han proporcionado.

Despues de esta digresion que me ha parecido necesario para marcar el interes del grandioso objeto que nos va á ocupar, será preciso dejar consignadas algunas ideas generales, que sirvan como una poderosa palanca, para remover esos fuertes atrinchamientos en que se ha encastillado una vulgar preocupacion; creada en fuerza de adulterar los hechos y tergiversar su espíritu.

Una inaudita crueldad, que chocha con el espíritu de libertad que forma la divisa de nuestro siglo, ha cerrado la puerta del retiro de los hombres, a la contemplación, al infortunio, a los corazones lacerados por las inconsecuencias de los mismos hombres y a la generosa abnegación que trata de desprenderse de los lazos del mundo, para consagrarse en la soledad a confeccionar los remedios de las públicas calamidades; y esto, con el vano pretexto, de no privar a la sociedad, de la laboriosidad de unos brazos, que se sepultan en el ocio de los claustros. Calumnia nacida de una filosofía indigna de la civilización con que falsamente nos envanecemos. Demos una rápida ojeada, para descubrir el remoto origen de esta institución, conocer aunque sea en general su objeto y trabajos, y el fruto que ellos dieron, y entonces daremos un fallo justo para la historia.

Remontándonos a la antigüedad, vemos al pueblo hebreo, colmado de los favores del rico y poderoso Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, doblegándose al pesado yugo de las pasiones y entregando su corazón a los insensatos placeres de la sensualidad. Para huir de esta corrupción, Elias se retira a la soledad y hecha los cimientos de las instituciones monásticas que mas tarde debían ser la ancora de salvación en los naufragios a que estuviera expuesta la humanidad. Irritada la colera del terrible Jehova, descarga su furor contra el pueblo endurecido, la sequedad, abriendo profundas grietas en la tierra, esterilizó los campos; y la hambre castigó la carne cuyos apetitos se lisonjaban por el ingrato Israel. Entonces el solitario Elias en la cumbre de las montañas que habitaba, oró por aquel pueblo desagradecido, y la tierra halló en esta oración el medio de librarse de su calamidad. Desde entonces siguieron esta vida los profetas y los hombres de la antigua ley, que substrayéndose al bullicio de las pasiones, querían caer a la nación con su oración y enseñarle en la santidad de su vida, la reforma de sus costumbres.

Llego la plenitud de los tiempos y en los establos de Belén, una virgen preservada de la mancha comun de todos los mortales, dio a luz la luz que viene a este mundo para iluminar a todos los hombres, al Cristo deseado de los pueblos, al libertador de la humanidad desgraciada. Jesucristo santifico con su ejemplo, la vida que llevó Elias y siguieron sus siervos los Profetas hasta el Bautista, y antes de dar principio a su vida pública, se preparó a ella en el desierto, enseñando a vencer en el ayuno la rebeldía de la carne y aerisolar el espíritu con el fuego de la oración. De este retiro salió la predicación de la admirable doctrina que da principio con Hamar *Bienaventurados a los que lloran, a los que sufren hambre, sed y las injustas persecuciones*: que concluyó por decir a sus discípulos, *Os doy un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros*; y que fue sellada en medio de los tormentos de la cruz, con aquella celestial inspiración de misericordia en favor de la humanidad pidiendo perdon a su Padre, por la humanidad que lo entregaba a los mas acerbos dolores de la muerte.

Quando esta Victima universal dejó en el fondo del sepulcro los sudarios en que fué envuelto su sagrado cuerpo, salió triunfante de la muerte para subir a tomar posesion de su eterno reino a la diestra de su Padre celestial, sus discípulos siguieron aquellas luminosas huéllas que sus ensangrentadas plantas dejaron impresas en la tierra. Entonces la pureza de su vida, venció la sensualidad del paganismo: su amor sobrepujó al odio de sus enemigos; y su heroica paciencia dominó la intolerancia del despotismo cruel de los romanos. Debajo de aquella Roma sensual y corrompida, que habia extendido su brazo de hierro para esclavizar a todas las naciones, se crió otra Roma, la Roma de las Catacumbas, la Roma espiritual y cristiana que habia de conquistar y volver incólumes los derechos de su libertad a todos los pueblos. Pronto se aumentaron los adoradores de la Cruz y los disci-

pulos del Crucificado: las innumerables víctimas que sacrificaba la crueldad de los orgullosos señores del mundo, eran reemplazadas luego con los millares que de todas partes venían a dar testimonio con su sangre de la verdad de su doctrina, y no bastándoles el estrecho círculo de sus ciudades, subterráneas se extendieron por la soledad de los bosques y en la cumbre de las montañas. Las soledades de la Thebaida, las alturas del Líbano, las márgenes solitarias del Tigris y del Nilo las ruinas de Memfis y de Tebas y los desiertos del Egipto y la Abisinia se vieron poblados con los discípulos de Pablo y de Pacomio. Aquellos nuevos atletas de la civilización, vestidos con hojas de palmera, con las pieles de las fieras ó con silicios del áspero pelo de los animales de las selvas, comiendo raíces ó yerbas insípidas y sin entregarse al sueño sino unos cuantos momentos de la noche, ocultos á los ojos del mundo, mientras toda la naturaleza descansaba, interrumpían el silencio nocturno con sus sagrados cánticos y al disipar la aurora las tinieblas de la noche, mezclaban con la naturaleza las alabanzas al Ser omnipotente que en seis días hizo surgir del caos todas las maravillas de la creación: y mientras en el día, los habitantes de las populosas ciudades paganas se afanaban en atesorar objetos para saciar los instintos de corazones corrompidos y degradados, y los poderosos sembraban en todo el mundo la esclavitud, la desolación y la muerte, los solitarios cristianos hacían el estudio de la naturaleza, recogían y guardaban como un sagrado depósito la historia y las ciencias de los antiguos pueblos, mandaban sus consuelos al afligido sus socorros á los necesitados y hasta civilizaban á las fieras y á la naturaleza muda; para hacer á estos objetos, activos colaboradores de la caridad que nació en la cima del Gólgota al pie del árbol de la Cruz.

De esta manera, el desierto robó su lustre y esplendor á las hermosas ciudades; y cuando abiertas las cataratas del Norte se desencadenó una tempestad que amenazaba con la destruc-

cion á todo el mundo, la verdad y la civilización guardadas en la caridad cristiana, sobrenadaron en el naufragio universal; y como en una arca, se salvaron en las cumbres de los montes y en el fondo de los valles, bajo el áspero trage y en la humilde choza del solitario. Entonces, así como las fuentes brotan en las cimas de las montañas y ellas se precipitan ansiosas para formar los ríos y hacer fecundos los campos, así los hijos de la soledad bajaron de sus agrestes albergues para encadenar la furia de las huestes de Atila y Alaricó; y al influjo de la omnipotencia de que iba revestida la palabra del cenobita del desierto, la barbarie de los hunos y la feroz de los godos, se tornaba en elemento fecundo de civilización y los incultos galos y germanos se cambiaron en ciudadanos pacíficos y laboriosos.

Allí se obró un cambio en la sociedad general: la vida de contemplación y de estudio de los antiguos solitarios, se cambió en una vida activa: como lo exigía la nueva sociedad que había brotado de las ruinas del grande imperio romano; pero lejos de abandonar el retiro y las austeridades que eran el regalo de su vida, construyeron sus retiros en medio del bullicio de las ciudades: S. Basilio el Grande: formó las primeras constituciones monásticas, poniéndoles por base los tres votos de *castidad, pobreza y obediencia*; y ¡cosa admirable! lo que no pudieron hacer los sabios y filósofos de la antigua Atenas, realizaron los hijos de los claustros, bajo las leyes de S. Basilio, San Benito y San Agustín. Licurgo en Esparta y Solón en Atenas, concibieron un gran pensamiento, que no pudo abarcar la extensa área de las miserias humanas; y Platon vislumbrando algunos resplandores de la verdad al través del velo en que se hallaba envuelto su espíritu gentil, sonó en la formación de una República que no pudo verificarse y que ha sido el bello ideal de los utopistas modernos. Pero los monges cristianos, en el punto de apoyo de la verdad católica y con

la palanca de sus tres votos, realizaron la República universal, con todos los hijos de Jesucristo, que se extiende por todas las partes del mando. Desde entonces el hijo de la Cruz, no es extranjero en ninguna parte, porque si penetra en los umbrosos bosques del desierto ó náufrago, es arrojado por los embates de la tempestad á las costas de un mundo desconocido, halla que ya la planta infatigable del operario evangélico penetró por aquellas vastas soledades y plantó el estandarte general de la Cruz, á cuya sombra se ha realizado únicamente la práctica de los tres grandes principios de *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Poco importa que los pobladores de aquella tierra estrana, tengan un idioma particular y desconocido, costumbres propias del clima que los vio nacer, los cristianos tienen un signo comun para descifrar todos los enigmas de su diversidad de usos y diferencia de lenguaje: la Cruz es un lazo de union que declara hermanos á los que llevan este signo, aunque sean de las mas remotas naciones: es una llave que abre las puertas de la hospitalidad, igualando á los naturales con los estranos; y es una salvo conducto que garantiza la libertad de todos.

Al influjo de estos principios la laboriosidad de los religiosos, acomodándose á todos los climas y á todas las condiciones de la vida, domaban la tierra y fertilizaban los incultos campos; hacian nacer la industria, fundaban las grandes ciudades, establecian las vias de comunicacion, ensenaban al pueblo sus deberes, contenian la ambicion de los poderosos, establecian los principios para una sabia y justa legislacion; y de los oscuros rincones de sus claustros salia la luz para irradiar á toda la sociedad y la savia que debia hacer florecer las ciencias y las artes.

Así se formó la civilizacion de la edad media: todo estaba animado del espíritu de una misma caridad desde las naciones mas occidentales, hasta los países donde nace la aurora, enge-

lanándose con la púrpura y la escarlata. Desde la humilde choza del campesino, hasta los dorados palacios de los potentados y los reyes, se extendia la accion civilizadora de la religion, por los esfuerzos de los hijos de los claustros: ellos fundaban casas de educacion para formar la juventud, de donde han salido esos astros, que derramando por todas partes los torrentes de su saber, reciben los tributos de la admiracion universal: fundaban aquellas casas, donde la virginidad se pusiera á cubierto de las acechanzas del mundo, y la juventud femenil hollando con varonil esfuerzo los lazos de la vanidad y de las pompas mundanales, se postrara humilde á implorar en favor de sus semejantes, la misericordia del Señor, en medio de los melodiosos acentos, que habian compuesto Jeremias y Salomon y repetian en el templo las vírgenes de Sion: ellos preparaban asilos para la horfandad y la indigencia: levantaban los hospitales para curar las enfermedades de la misera humanidad: por todas partes sembraban la semilla de la moral: escudaban la paz de las familias: corrian al lecho del moribundo y aplicaban su oído á los trémulos labios del agonizante para recibir el descargo de su conciencia en sus balbucientes palabras y destilar en aquel corazon pronto á llegar al mundo de la realidad, el consuelo que no poseen las vanas teorías de los filósofos: se presentaban donde quiera que habia una amargura que endulzar; y no habia miseria, que no fuese curada con el bálsamo de su caridad, pues hasta las cadenas que aprisionaban entre los infieles á los discípulos de Cristo, se desmenuzaban á la accion poderosa de esta misma caridad, porque los padres de la Redencion desafiando los mares y burlando el furor de las tempestades, se presentaban ante los bárbaros musulmanes para rescatar á sus hermanos cautivos con el oro que daba la piedad de los fieles, volviéndose en seguida á vivir en el oscuro é ignorado rincón de su monasterio, para esperar otra ocasion de ejercer su heroica virtud en favor de cualquiera de sus hermanos que sufren.

Regenerada así la sociedad que resultó en el antiguo continente, del ruidoso choque de los bárbaros del Norte, con los bárbaros que ordenados en legiones sostenían en las puntas de sus picas los voluptuosos palacios de los Césares, ya no había rincón que no hubieran penetrado; y todo el mundo civilizado, era pequeño espacio para la acción infinita del espíritu que los animaba; y volaron en alas de su amor por el bien de la humanidad, á las más remotas regiones, donde la idolatría prolongaba las tinieblas de la barbarie en millares de pueblos. El misionero católico, sin lujo, sin aparato, sin más instrumentos que su breviario y una imagen de Jesucristo crucificado, marcha descalzo y envuelto en un sayal, para encender la antorcha de la civilización en Pekín y Nemcham, en el Indostan y al otro lado del Ganges, en el Japon y la Cochinchina: hace resonar la palabra del Evangelio en los derruidos muros de aquellas florecientes ciudades de la antigua Grecia, en las islas de Salamina, en las pavorosas ruinas de Tiro y Babilonia, en las pirámides seculares del Egipto que evocan el recuerdo de los Faraones, y en los ardientes arenales del Africa, donde el caminante desea con ansia un vaso de agua para humedecer sus ardorosos labios y un refugio para escapar de la cimitarra del beduino.

Por tan dilatados países corrían sembrando la civilización, promoviendo la industria, preparando medios de desarrollo al comercio, enseñando todas las artes, echando los lazos de una confraternidad universal, sin temer ni las pestes ni las procelosas tempestades de los mares, ni los hielos de los polos, ni los calores tropicales, ni el furor de los salvajes que iban á civilizar; y de estas dilatadas y penosísimas expediciones, volvían con sus miembros entumecidos y tal vez mutilados; pero ricos de despojos de sus conquistas espirituales y científicas, para hacer adelantar las ciencias, particularmente la astronomía, la geografía y la historia, enriquecer los museos y los ga-

binetes de los sábios, connaturalizar en todos los climas los insectos y las plantas más útiles para el desarrollo de las artes y el comercio, generalizar las manufacturas y hasta aumentar los placeres de las mesas.

Aun este dilatado espacio era pequeño para los obreros del Evangelio; y cuando la fe de Constantino, Clovis y Carlomagno, que había producido tantas maravillas y creado tantos elementos de riqueza, sufría un injusto divoreio de muchos pueblos de la envejecida Europa por la imprudente reforma de un monje orgulloso y apóstata, la mano de Colón abrió en el fondo de los mares del Occidente la puerta de un nuevo mundo, hermoso por su variado clima, rico en todos sus elementos y con millares de almas prontas á recibir la civilización que sacudían de sí los orgullosos reformistas. Ya hemos visto antes, cómo y de qué manera fueron viniendo á este suelo los misioneros evangélicos, el celo con que trabajaban en favor de los naturales y cómo llevaban á cabo la obra de la civilización, aun siendo casi en todos sus pasos contrariados en sus miras de verdadera filantropía y caridad cristiana, por la misma ambición de sus avaros compatriotas, que veían con desprecio las almas destinadas á la inmortalidad, por atesorar el oro corruptible.

Los religiosos Agustinos habían trabajado en México y en el antiguo reino de Michoacán: los dominicos en las provincias de Oaxaca, Chiapas y Guatemala, siendo los que más trabajaron en México por afianzar la libertad de los indígenas y la incolumidad de sus derechos, en las juntas promovidas por el visitador Tello: los franciscanos que fueron los primeros que irradiaron este continente con la luz del Evangelio, se extendían ya desde la península de Yucatán, hasta las costas del mar Pacífico y hasta las fronteras del Saltillo y Chihuahua; y los laboriosos padres de la compañía de Jesús, después de establecer en la capital su casa profesa y su colegio máximo, habían fundado sus